



**ANTÓNIO
LOBO
ANTUNES**

**No entres tan
deprisa en esa
noche oscura**

No entres tan deprisa en esa noche oscura reúne a una serie de personajes de la alta burguesía colonial de Portugal salazarista en torno a la cama de un padre enfermo, y nos introduce en los veicuetos de una familia que, escondida tras una máscara de respetabilidad, oculta un turbio pasado en el que el honor y el tráfico de armas se dan la mano en un inusual intento de evitar la ruina económica. La protagonista, Maria Clara, inicia una trabajosa exploración de las relaciones, equívocas e imperfectas entre memoria y experiencia, y acaba por ofrecernos el conmovedor retrato de una generación y de un país doloridos.

NO ENTRES TAN DEPRISA EN ESTA NOCHE OSCURA

António Lobo Antunes

Encuentro en invierno con António Lobo Antunes

*Con las aves se aprende a morir.
Y el frío de enero
enredado en las ramas no enseña otra cosa,
decías tú, mirando
a las palmeras correr hacia la luz.
Que llegaba a su fin.
Y con ella las palabras.
Busqué tus ojos donde el azul
inocente se había refugiado.
En la infancia, el corazón del lino
apartaba a los animales de sombra.
Mañana ya no seré yo quien te vea
subir a los chopos blancos.
El resplandor de las manos perdurable.*

Foz do Douro, 18-1-2000 Eugénio de Andrade

Los locos van libres por las salas y pasillos o por las habitaciones de los hombres, sin que ello inspire el menor recelo de evasión o desorden. Incluso algunos de ellos, pertenecientes a familias distinguidas, acompañan a las visitas, hacen los honores de la casa. Guardan las más suaves formas de cortesía y buena educación.

Ullesperger, *Historia de la psicología y de la psiquiatría en España*, 1854

*A Zé
que ha de encontrar la manera de leer este libro*

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz «día», y a la oscuridad la llamó «noche». Y atardeció y amaneció: día primero^[1].

Capítulo primero

Mi padre nunca me dejó entrar aquí. Debía de sentarse en la mecedora y mirar desde el postigo el jardín allí abajo, el portón, la calle, mientras yo de niña jugaba a las hadas con mi hermana a orillas del lago. Los domingos abría el cajón de la cómoda, revolvía papeles hasta que oíamos el tintineo de la argolla, subía las escaleras del desván a buscar la llave en medio de las otras llaves

(tal como hoy, ahora que nadie me lo prohíbe, abrí el cajón, revolví papeles hasta oír el tintineo de la argolla y subí las escaleras a buscar la llave en medio de las otras llaves)

y se quedaba varias horas seguidas en la mecedora

(me doy cuenta en este momento de que era la mecedora por el ruido de los muelles)

mirando desde el postigo el jardín allí abajo, el portón, la calle, mientras yo jugaba a las hadas con mi hermana a orillas del lago

no, no creo que se interesase por la calle ni por nosotras, por la calle no se interesaba nunca y en cuanto a nosotras a lo sumo nos brindaba un aburrimiento mudo, mi madre le mostraba los boletines de notas y él los rechazaba con el dorso de la mano, le hacíamos preguntas y seguía masticando, nos cambiaban el peinado y ni siquiera se fijaba, una tarde, durante la lección de piano

la profesora volvía la página de la partitura

sentí algo detrás de mí, me volví en el taburete con un diccionario encima para llegar a las notas y al verlo en el

umbral su cara se puso seria enseguida y desapareció con tanta prisa en el pasillo que tiró el jarrón del aparador

me acuerdo de sus dedos afligidos que levantaban el jarrón, del tapete fuera de sitio, de la carrerilla enfadado consigo mismo hacia el despacho, de sus reproches al abogado que lo esperaba, frotándose las manos entre reverencias respetuosas

–Con todo el dinero que le pago, no tiene nada que hacer, ¿no?

durante días me pareció que se avergonzaba de mí como se avergonzaba de las visitas en el hospital, acostado con aquellos aparatos y todos aquellos tubos sin poder dar órdenes a nadie, mi madre pedía disculpas a las visitas junto al ascensor aceptando los ramos de claveles, las cajas de bombones, los libros de pintura que él rechazaba con el dorso de la mano

no eran los boletines de notas, papá

–Está muy nervioso por el tratamiento, pobre, no le hagáis caso

mi madre que seguía disculpándose ante el ascensor cerrado en el que los pisos disminuían cuatro tres dos uno al mismo tiempo que el botón de llamada se encendía y apagaba en silencio

–Estoy segura de que se va a poner muy contento con los bombones, es tan goloso

los ramos y los libros se le escurrían de los brazos, levantaba la rodilla para evitar que una caja de bombones se cayese al suelo

–¿Qué hago con esto?

de repente tan vieja, cuarenta y dos o cuarenta y tres años me parece, multiplicándose para sujetar aquellos paquetes con vida propia que no paraban de bajar

–Dios mío, María Clara, Ana María

y se nos escapaban también, idiotas y flojos, la asistente de la enfermería los metía en una bolsa de plástico

–Ahí tiene

el paciente con bata y muletas que fumaba a escondidas en el aseo y salía tosiendo, sofocado, rojo, ocultando la pipa en medio de una niebla azul, se detenía para observarnos, si yo fuese hada le daría un toque con mi varita y listo, mi padre no ocupaba aquella habitación, corría la cortina que tapaba las escaleras del desván y se instalaba en la mecedora en medio del polvo, los armarios y los arcones, a veces una hora, a veces dos, a veces toda la tarde, uniformes, fotos de militares a caballo, sombreros de mi abuela en cajas cilíndricas con etiquetas francesas

señoras elegantes de perfil sobre fondo malva

mi abuela que salía todos los días a hurtadillas, después de almorzar, con una gorrita ridícula sobre la coronilla, el bolso de torzal y sus joyas falsas, para jugar a la ruleta en el Casino, vendió los pendientes y los collares auténticos al hombre del montepío

una especie de congrio detrás de un mostrador con rejas, sus dedos torcidos por el reuma esperaban una eternidad mientras su boca hablaba, mi abuela

—¿Tan poco?

y después avanzaban de repente y cogían las perlas

había un montón de relojes en la tienda que prometían horas más felices, alianzas baratas y anaqueles con objetos despintados, dorados o de cobre como les gustan a las criadas, a través de los cuales una gata clandestina deslizaba con desdén la meticulosidad de sus patas

la gorrita ridícula llegaba al Casino antes de que abriesen y se apoyaba en la palmera para sacar del bolso de torzal un par de billetes arrugados, las gaviotas, no muchas, las mismas desde el principio del mundo, iban y venían entre Tamariz y los barcos, el portero la llamaba con el gancho de su dedo, mofándose

—Por favor, condesa

mi abuela se acomodaba en la esquina de una mesa con media docena de fichas avarientas bajo las lámparas inmensas, apuntaba los números en la palma de la mano,

intentaba una apuesta, desistía, se decidía, desistía otra vez

puede ser que mi padre llegase a divisarla desde el postigo del desván, no a ésa, a la de al lado, la mujer que en cuanto se le acababa el dinero intentaba vender las joyas falsas en la taquilla luchando con sus falanges

–Amatistas, rubíes

por qué un vestido raído si no éramos pobres, por qué el broche en el cuello de zorro ya sin zorro alguno, el broche despojado de brillantes, al recibir visitas la mandaban a cenar a la cocina de la casa que había heredado de su padre y donde dormía ahora en el cuarto de la costura, detrás de la despensa, con una máquina averiada y cestos rotos que olían a lejía, un sábado, en el mes aquel en que le dio la embolia, ganó en el Casino, sustituyó la gorrita por una pamela roja desvaída por los años que debía de conservar bajo la cama con la esperanza de un triunfo así, al llegar al comedor la encontramos a la cabecera en el lugar de mi padre

en el lugar de su padre

sin joyas de pacotilla, sin broche, sin zorro, repartiendo los asientos desde el vértice de su autoridad restaurada

–Tú ahí, tú a mi izquierda, tú después de mi yerno, tú frente a Maria Clara

moderando los diálogos, desaprobando modales, obligando a pasar más la carne y a aliñar la ensalada, dirigiendo al personal con el ceño sin réplica, mi madre viajaba de cara en cara intentando comprender y encontraba narices obedientes sepultadas en los platos, mi padre domesticado sin protestar por nada

–Mamá

la fotografía del señor general colgaba de nuevo de la pared, la campanilla para llamar a las criadas, insistente

una campesina con cofia con el badajo en la falda

vibraba impaciencias, mi abuela sin volver hacia mi madre la pamela imperiosa

–Esos hombros hacia atrás, qué modales son éstos, Amélia

las condecoraciones del señor general aumentaban en el estante, el estante

perdón, la estampa con el presidente Krüger, con el duque inglés, mi padre sin importancia fuera de la cabecera, entre Ana Maria y la cesta de la fruta

–Podrías haberte casado con un hombre más presentable, Amélia

y al final de la cena nueces, oporto, una tarta iluminada, mi abuelo, que venía de la Escuela Militar, cruzaba la acera cortejándola protegido por el recodo por temor a que el señor general lo distinguiese entre las sombras, lo que recuerdo de él es un ciego jugando al ajedrez con el primo teniente, si llegaba a anochecer en el despacho no encendía la luz, pulsábamos el interruptor y nos sobresalábamos del susto

un fantasma

al verlo, una cosa quieta en medio de cosas quietas, el médico al auscultar a mi padre

–Tenemos que operarlo del corazón, señor

y mi padre cambiando sin cambiar, lo que se alteró fue el entorno, es decir, los edificios más solemnes en Estoril, los ruidos más graves, una seriedad extraña en los árboles, mi madre en una especie de sollozo de asombro y mi padre sin que sus labios se estremeciesen siquiera

–Espera en el pasillo, Amélia

igualito a mi abuelo en el despacho sin encender la luz, el mismo mentón empinado indagando tinieblas que desconocíamos, la misma nariz en busca de olores

–¿Quién ha entrado?

la misma frente arrugada atenta a no sé qué, mi padre igual a mi abuelo ante sus piezas de ajedrez invisibles, dirigiéndose a Ana Maria, a mí

–Vosotras también

una mancha de barro en un tacón, las patillas de las gafas escapando de las orejas, mi abuela cortaba la tarta iluminada mientras sacudía la cabeza por el disgusto de la mancha

–Podrías haber conseguido un hombre más presentable, Amélia

presentable como el cadete de la Escuela Militar que cruzaba la acera antes de quedarse ciego en España, todo inmóvil y en eso un grito en la primera planta

–Jaque mate, Tomás

la torre que faltaba sustituida por un botón de pijama con un resto de hilo en los agujeros, en cuanto una de las torres salía del juego se guardaba el botón en la caja, un dedal en lugar del rey blanco, el primo teniente pensando en la manera de equivocarse a propósito, mi abuelo hacia nadie, con las manos parecidas a las patas de la gata del montepío, rodeando los peones y los alfiles sin derribarlos

–Para hoy, Tomás

creo que fue el primo quien murió primero, vivía en un pisito en Birre, nos llevaron, a Ana y a mí, a una sala con personas calladas y flores sobre una bandera que servía de colcha pero no me acuerdo de cuándo falleció mi abuelo, no me acuerdo siquiera de que faltase el tablero de ajedrez que encontré hoy en el desván, esta mañana los enfermeros le entregaron a mi padre una camisa rosada y lo sacaron de la habitación

–No soy ningún inválido para tumbarme en esa camilla
mi madre le entregó el estuche de la dentadura postiza, mi padre indignado al ver que nos dimos cuenta, la anestesista le guiñó el ojo a mi madre y el estuche se deslizó en el bolso

–Estúpida

antes de trasladarse con disimulo al bolsillo de la doctora, cuando tenga la edad de él ¿acaso

me sentiré repugnante también, disminuida, horrible?

con asco de mí y no obstante insistiendo en ocultar hinchazones, defectos, grasas, pintarme más, teñirme de rubio, usar laca y sostenes de alambre, intentar descifrar el precio de las cosas, sin gafas, manteniendo las etiquetas lejos del brazo

–Los números están mal impresos, fíjate tú, Maria Clara, ¿esto es un ocho o un nueve?

mi padre descalzo detrás de la camilla, la puerta del ascensor se cerró con un suspiro, mi abuela distribuyó una porción de tarta a cada uno de nosotros, alzó la copa de oporto en un saludo circular, la criada que la trataba de niña y vivía con nosotros desde antes de que yo naciera aprobaba en el umbral, una mañana me llamó aparte y me mostró el tesoro de un marco roto con ellas dos jovencísimas, o lo que la criada afirmaba que eran ellas dos, disueltas en una mancha marrón

–Mire, aquí estoy yo sosteniendo el paraguas de la niña

bultos en la mancha marrón, algo como una blusa o un moño o una nube, la criada envolvió el marco en una página de periódico mirándome con miedo a que pudiese robárselo, se agachó riñendo con su propia columna para esconderlo entre las sábanas, le prestaba dinero a mi abuela, la seguía hasta la palmera del Casino, preocupadísima, se agachaba detrás de los automóviles y fingía un encuentro casual para acompañarla a casa

–Pasaba por aquí y la he visto

intentaba recuperar sus perlas en el mostrador con rejas a cambio de la cadena de oro que tenía

–Quédese con la cadena de señal que yo escribiré al pueblo y mis sobrinos me mandarán el resto, es el collar de la niña Margarida, si la hubiese conocido hace veinte años lo entendería

la gata rodeó una santa tallada, se empinó para mirarla en su paz aburrida, estiró el rabo y acabó desapareciendo en medio de los relojes parados, uno de ellos con el cuco

con el pico abierto en el extremo del muelle, el congrio le devolvió la cadena empujándola sobre el mostrador

–Esto no vale nada, es de lata

estaba casi segura de que pedía limosna los días en que libraba para comprar las perlas

y los restantes collares y los pendientes y la pulsera de ágatas

hasta que Ana me contó riéndose que en la terraza de Tamariz extendía la mano a los turistas y parloteaba acerca del señor general y de la niña, el señor general que construyó vías férreas en África y la niña tan buena, llena de esclavos, educada como una marquesa, en el momento en que se preparaba para describir el marco roto

–Aquí estoy yo sosteniéndole el paraguas, fijaos

el camarero la amenazó con la bandeja en la que llevaba los cafés

–Vaya a pedir a la estación, mujer

era ella quien tapaba con pedazos de tela las rendijas de la habitación, colocaba el cuadrado de damasco en la cama de hierro, le ajustaba la ropa con alfileres, cepillaba la gorrita, complacía sus vanidades

–Sigo siendo elegante, ¿no?

acercaba el pulgar y el índice casi hasta juntarlos

–No ha cambiado ni esto, niña

le metía en el bolso cinco o seis monedas, mi madre en el rellano de la escalera

–Adelaide

con tiestos de begonias a cada lado del porche, desde la mecedora del desván no se distinguen los escalones ni el porche, sólo el jardín en el lado opuesto al mar, para qué sentarse allí a revolver papeles en medio de los armarios y los arcones, en el hospital el aparcamiento y el viaducto de la autopista que sacudía los estores cuando pasaba un autobús, Ana y yo junto a la cama vacía esperando que el médico regresase, Ana, con una blusa que me robó de la cómoda, veía una película en el televisor a la al-